

LOS ESPAÑOLES EN EL AMAZONAS¹

Por: Prof. WALTER SPALDING

Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 3, Volumen IV
1937

E

special para el «Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia», — Traducido al español por don Fernando Corona.

Publicamos con mucho gusto el siguiente estudio del profesor Walter Spalding, por tratarse de un miembro distinguido de varios institutos científicos del Brasil y de un amigo decidido de Colombia.

Todos los puntos tratados en este escrito los tiene desarrollados nuestro consocio el doctor Daniel Ortega Ricaurte en su monografía «La Hoya del Amazonas» que hemos venido publicando en las páginas de este Boletín.

Respecto a la primera parte, referente al descubrimiento del Amazonas por Orellana, el doctor Ortega Ricaurte rebate las tesis allí enunciadas sobre la deslealtad del Conquistador y corrige varios puntos históricos, relacionados con esta acción de la conquista española.

El tema de las legendarias Amazonas y de las Icamiabas lo desarrolla ampliamente el doctor Ortega Ricaurte, lo mismo que hace un estudio sobre las famosas piedras verdes, mencionadas en una nota por el señor Spalding.

Las exploraciones de Lope de Aguirre, Teixeira, etc. están tratadas, con otras muchas, en el capítulo que nuestro consocio titula «Exploradores del Amazonas».

En próximos números de este Boletín irán apareciendo los demás capítulos de la obra del doctor Ortega Ricaurte sobre estos mismos temas, pero entre tanto, damos a la luz el interesante escrito del señor Spalding, a quienes damos las más rendidas gracias por su colaboración.

¹ Por el profesor WALTER SPALDING, del Instituto Histórico del Río Grande del Sur, del de Río Grande del Norte, del Instituto Histórico de Ouro Preto (Minas Geraes) y del Instituto de Estudios Genealógicos de San Pablo (Brasil).

Negra, lúgubre, cruel, cruelísima, es la página de la historia de la Conquista de los primeros españoles que invadieron a México y al Perú, principalmente, en la búsqueda del tan seductor cuanto fantástico El Dorado, que por aquel entonces se decía ubicado entre los hoy territorios de Colombia, Venezuela, Guayanas y Amazonas.

Atraídos por ese fantasma dorado, esos primeros conquistadores españoles, con Pizarro al frente, practicaron toda clase de atrocidades, a punto de no reconocer a los indios como gente, sino como a simples animales idénticos o poco superiores al mono. Y uniendo el pensamiento a la obra, mataban a los pobres indios, esclavizándolos primero para convertirlos, miserables, en tajadas de carne que servían de alimentación a sus perros. Entre muchos otros, el ilustre varón Fr. Bartolomé de las Casas atestigua esos hechos. En vista de esos bárbaros episodios, y gracias a los humanitarios dominicanos Fr. Domingo de Betonços y Fr. Domingo de Minaya, que notificaron al Papa la triste suerte de los aborígenes, Pablo III, justamente indignado, el día 2 de junio de 1537, proclamó la célebre bula *Veritas ipsa*, en que se declaraba que los indios eran seres tan humanos como los demás humanos pobladores de la tierra. De nada, o quizá de muy poco, sirvió esta bula. La codicia persiguió este humanitario y cristianísimo documento. «El Papa está en Roma, - decían, - y no sabe cómo son estos monstruos». Y continuaron en sus crueldades y negras traiciones.

Diego de Ordáz fué el primero de los españoles que intentó la osadísima empresa de subir el río de las Amazonas, navegándolo en 1531.

Ordáz dejó nombre en la historia de la Conquista de México, no tanto por sus crueldades, pues fue, talvez, el más humanitario de todos, sino por su audacia y memorable visita al «píncaro de la montaña ardiente de Popocatepelt». Exigió, enseguida, la comisión de someter y colonizar el país, lo cual consiguió con la condición de explorar la costa hasta el Marañón, mas sin que entrase en los dominios de la Corona de Portugal.

Le fue concedido el título de Gobernador y *Adelantado* con poderes y privilegios supremos.

En 1531 inició la exploración hacia la costa con 400 hombres, más 200 que se le juntaron en el camino.

Southey (²), describe así esta última aventura de Ordáz:

«400 hombres se dispusieron para esta jornada. Partió Ordáz de Sevilla a principios de 1531, y en Tenerife se le juntaron los tres hermanos Silvas con doscientos infantes.... De allí siguió para Marallón, donde tomó una canoa con cuatro indígenas. Traían estos consigo dos piedras que a los españoles les parecieron esmeraldas (³), siendo una del tamaño de la mano de un hombre; y los informes fueron tales que, después de algunos días de jornada, encontraban una roca maciza de esas piedras. También tenían dos pasteles de harina semejantes a jabón, como amasados con bálsamo, que decían agarrados de ramos de los

² Historia de Brasil, vol. 1.

³ Tal vez fuesen esas piedras ejemplares de la tan hablada y hasta hoy no hallada “Piedra verde de las Amazonas”, la muiraquitá o (muyrakytá) que tanto ha preocupado a los estudiosos.

árboles de incienso, cuya floresta se encontraba a cerca de cuatro leguas, río arriba ⁽⁴⁾. Tentó Ordáz subirlo, mas fue penosa la navegación, y después de haberse en riscos y peligros, entre bancos de arena y estrechos, perdido uno de sus barcos, resolvió buscar fortuna en otra parte».

Desconsolado, pasó a Paria, entrando enseguida en el Orinoco, donde quiso pasar el invierno, perjudicándose y perdiendo mucha gente cu naufragios y encuentros con los indígenas, lo cual le obligó a desistir de esa empresa, regresando a España, donde falleció al llegar, en 1532.

A esta infructífera aventura por el Amazonas, le siguió la de Francisco de Orellana, compañero de Gonzalo Pizarro, hermano del Marqués de Las Atabilas, Francisco Pizarro, conquistador y primer Virrey del Perú, ambos sanguinarios y terribles destructores del Imperio Inca.

«La audacia de Pizarro - escribe Domingo Jaguaribe ⁽⁵⁾ – y el dominio que ejerció en nombre de la tiranía, hizo que los indios le temiesen, mirando con desprecio a ese falso enemigo (se refiere el autor a los Indios) de América y de España a un mismo tiempo, señor de dos Gobiernos!»

«Asegurada, como imaginaba, su autoridad y la de su familia en el Perú – escribe Southey (obra cit.) - por la ejecución de su antiguo amigo, camarada y bienhechor, entregó Pizarro el Gobierno de Quito a su hermano Gonzalo, hombre aun más sanguinario e infame que él». Y en 1539 patió Pizarro de Quito a fin de tomar posesión del *País de la canela* y conquistar El Dorado, tierra deslumbrante, decían, en que todo era oro, casa, pisos de las calles, y el propio monarca, de ocaso a ocaso, adornado con polvo de oro.

Para la descomunal ambición de Pizarro todos los medios a su alcance, fuesen como fuesen, eran buenos y lícitos. De ahí la tortura y «masacre» de los Incas que, al final, para huir a tantos horrores, confirmaban la existencia del célebre «país del oro», siempre más allá, más lejos, ya hacia el este, ahora hacia el oeste, ahora por el norte, luego por el sur. Confirmaban por confirmar y para que no fuesen asesinados, pues ellos mismos ignoraban la existencia de ese reino dorado, que la fantasía y la ambición españolas habían creado.

Pizarro inició su tétrica jornada con cerca de 200 hombres de a pie, 100 de a caballo, 4.000 indios, y más o menos 4.000 puercos y carneros de la India. Los Incas que le acompañaron habían sido seducidos a costa de infamias de toda especie ⁽⁶⁾.

En Quixós, los indígenas intentaron oponer resistencia mas fueron vencidos, huyendo, aterrados, por los crímenes de Pizarro, llevando consigo mujeres, niños y todo lo que podían. En este sitio, entretanto, Pizarro no fue feliz: un terremoto destruyó las habitaciones

⁴ De esas y otras afirmaciones surgió, queremos creer, la leyenda del reino Ophir, del rey Salomon, de la reina de Sabá, de los Reyes Magos y otros situados en el Amazonas.

⁵ «El Imperio de los Incas en el Perú y en México».

⁶ Dice Domingo Jaguaribe (obr. Cit.) «la infeliz casa expoliada se transfiguró en instrumento inconsistente, empleado por los propios verdugos para su propia ruina. La Intriga y la codicia causaron la ruina del pueblo».

abriendo la tierra y obligando al tirano a seguir su camino. Atravesaron un cauce de la cordillera, donde tuvieron que abandonar el ganado a fin de apresurar la huida, y allí muchos de sus hombres murieron helados. Siguieron después por lugares despoblados, abriéndose camino por densos matorrales, llegando al valle de Zumaque, en las faldas de un volcán, a 30 leguas de Quito, donde acamparon.

La región de Zumaque, Zomaque o Sumaco, es bañada por el río Coca, afluente del Ñapo. En esta región no fue más feliz Pizarro: fue perseguido él y su gente por trabajos inmensos, dolencias y pestes y, principalmente, por el hambre, causándole innumerable número de víctimas. Se sintió imposibilitado para proseguir. Algunos indios de aquellos lugares, entretanto, le despertaron la codicia, informándole, para escapar a una muerte cierta que el tirano les impondría a pretexto de que escondían a los españoles, señores de aquellas tierras, los inmensos tesoros de la región, que a diez días de viaje de aquel punto, río abajo, existía un país riquísimo en oro, abastecido de toda clase de mantenimientos y de toda suerte y especie de recursos.

Ilusionado por los indios que así se desquitaban de los crímenes del osado español, organizó Pizarro una expedición marítima que bajase el Ñapo; en cuanto él, con el resto de su gente, seguiría por tierra por las márgenes del río.

«Fue el audaz aventurero Francisco de Orellana, inmediato de Pizarro, nombrado Comandante de un bergantín, - escribe Rocha Pombo ⁽⁷⁾ - guarnecido de cincuenta hombres de los más robustos y animosos, recibiendo la incumbencia de alcanzar la provincia indicada y hacer gran provisión de víveres con que salvarían la expedición. Pasando del Coca al Napo, y de este al Amazonas, hizo Orellana entre los indios, que lo recibieron muy amistosamente, harto abastecimiento de víveres; mas ciego de ambición, olvidado de la lealtad debida a sus compañeros, no pensó más en volver a su encuentro, abandonándolos, para que por agotados no pudieran más seguir por tierra al bergantín».

Gonzalo Pizarro, cansado de esperar al margen del Coca, en un esfuerzo supremo, bajó el Napo y fue hasta el Amazonas, donde en una playa desierta halló una de las víctimas de Orellana, del que más tarde hablaremos, el infeliz Sánchez Vargas, más muerto que vivo. Este relató a Pizarro las ideas e intenciones de Orellana, que mucho le disgustaron.

Privado, así, de los hombres más aptos de su expedición, resolvió volver al Perú, llegando a Quito completamente desfallecido por esa jornada penosísima, agitada y tormentosa.

El sueño dorado de Orellana era, ahora, hacerse señor de aquellas tierras bañadas por el caudaloso río al que dio su nombre, substituyéndolo más tarde por el de las Amazonas, en memoria de un combate, según él mismo afirmó en España, sostuviera en las Htáigruch de ese río con valientes mujeres ⁽⁸⁾.

⁷ Historia del Brasil, parte VI, cap. 1. Orellana nació en Trujillo, provincia de Aragón, por el año de 1511, dedicándose desde joven a surcar mares en busca de robos y rapiñas.

⁸ En un combate librado en las márgenes del Amazonas, dice Orellana que luchó con un ejército de mujeres, semidesnudas y valientes, y que en memoria de ese episodio denominó “de las Amazonas”, a tan caudaloso río. Fr. Gaspar de Carvajal, sin embargo, afirma que eran diez o doce mujeres apenas. Es sabido que, en muchas

Angelo Guido (9) en "El reino de las mujeres sin Ley", estudiando las famosas Amazonas dice:

"En realidad, imaginaria o no, la existencia en el Nuevo Continente, de una nación de mujeres que los conquistadores llamaron de *Amazonas* y los indios de *Icamiabas* y *Cunhas-teco-imas*, interesó a no pocos espíritus de curiosos y de sabios, y varios de ellos propensos a creer que el cuento de Orellana no fuese apenas una simple fábula creada para dar aspecto fantástico e impresionante a una aventura tan rudamente comentada por López de Gomara, el primer cronista tal vez, que puso en duda la existencia de esas Amazonas americanas».

Y más adelante (obra cit.), explicando el significado de las palabras indígenas por las cuales eran conocidas las *Amazonas* del «cuento» de Orellana, dice Angelo Guido:

«¿ Habrán existido las icumiabas, o las Amazonas, como Orellana las denominó, recordando aquellas fabulosas guerreras de la leyenda griega que habitaron las márgenes del Termodonte, en el Asia Menor?

«¿En qué región del verde y luminoso valle tendrían su «taba», su habitación, admitiéndose como eco de una lejana realidad, la tradición de esa extraña y valiente tribu de mujeres ?

«Según una tradición muy corriente en la Amazonia, una república de mujeres habría existido al margen del río Jamundá, en las faldas de la sierra de *Itacamiaba*, también llamada *Jaci-taperé*, junto a un lago que los nativos denominaron poéticamente *Jací-uauá* (espejo de luna). El nombre de *Icamiaba* dado a esas mujeres tendría su origen en la sierra a cuyos pies vivían, de *Ita-caa-meen-auá*, *Itacameuaba* o *Itacameaba* derivando más tarde para *Itacamiaba*. Su significado sería *la piedra del matorral sobre la cual se dan*, porque según la tradición las *Icamiabas* se entregaban en aquel lugar a los indios de las «*tabas*» vecinas que las visitaban en determinada época del año recibiendo de sus manos los mágicos amuletos verdes.

«Otra denominación dada a esas mujeres guerreras por los indios, según relatan La Condamine y otros autores, era la de *Cunhâs-teco-imas*, expresión que ha sido invariablemente traducida como queriendo significar *mujeres sin hombres*, o *mujeres que viven sin hombres*.

«Aunque los indios se refiriesen, realmente, a las mujeres que vivían sin hombres, me parece que la traducción no es correcta, pues que, en la expresión *Cunhâs-te-imas* no se encuentra la palabra «hombre», que en ñeengatú es *apiaua* o *apingáua*. La palabra *teco* significa costumbre, uso, ley, tanto que el conocedor de la ley, según registra el Conde Stradelli en su «Vocabulario Ñeengatú-Portugués», es *teco-cuaouára*, la costumbre o ley deshecha es *teco iauí*. La expresión, por tanto, sólo puede significar, *mujeres sin ley* o

tribus indígenas, las mujeres acompañaban a sus maridos en los combates, luchando a su lado. ¿Había él, en verdad, luchado con las *Icamiabas* (ver nota 3) o apenas había visto las mujeres que luchaban al lado de sus compañeros contra los atrevidos extranjeros? En todo caso, a nuestro modo de ver, Orellana, con la intención de engrandecer su empresa y mistificar a la Corte, hizo un puñado un poderoso ejército. Ese Combate, de conformidad con los cronistas, se verificó a fines de junio de 1539.

9 "El reinado de las mujeres sin ley" – Porto Alegre, 1937, - esta obra, de gran valor, de las debidas proporciones a la Amazonas y corrige científica y documentalmente, su significado.

mujeres fuera de la ley: de cunhâ = mujer, teco = ley, ima = sufijo negativo sin o nó.
«¿Como se explicaría esa denominación extraña dada por los indios a nuestras Amazonas?

«Sencillamente por la tradición, como veremos en los próximos capítulos, según la cual, una tribu de mujeres huyera de la sierra de Tunai, bajando el río Negro y el Amazonas, para no someterse a las leyes del Yuruparí, o *Hijo del Sol*, que castigaba con la muerte a aquellas que le desobedeciesen. Por esto ellas eran *Cunhâs tecoimas*, las mujeres que huyeron a las leyes de Yuruparí, esto es, que se pusieron fuera de la ley de aquel legislador salvaje no aceptando las nuevas costumbres instituidas por el *Hijo del Sol*».

Orellana era un ambicioso completo como era también aventurero: todos los vicios, defectos y cualidades de esa especie de gente colmaban su corazón sediento y empedernido.

Advertido por Fr. Gaspar de Carvajal⁽¹⁰⁾ y por Fernán Sánchez Vargas de su mal proceder, sobre todo en relación a sus compañeros, que por la codicia los abandonara cansados y hambrientos en las márgenes del río Coca, donde los esperaban, Orellana después de amenazar al fraile insultándolo, hizo abandonar, para ejemplo, al pobre Vargas en una playa completamente desierta, donde Pizarro, mucho después, lo encontró, conforme ya fue dicho, aun vivo.

Describiendo Orellana este primer viaje, pinta el Amazonas como un verdadero paraíso revestido de oro, plata y piedras preciosas, defendido por mujeres guerreras (creando acerca de ellas un modo todo especial de vida) y cuenta hazañas que nunca vió y combates que no empenó. Fray Gaspar de Carvajal, en crónica de esa atrevida empresa, desmiente el relato de Orellana, cuyo único intento era de obtener un título de Adelantado de aquellas tierras, lo cual consiguió, gracias a la confianza en sí propio y por la ignorancia en la Corte acerca de los crímenes cometidos, traicionando a sus compañeros.

Así, unas veces luchando, o siendo bien recibido por los indios de las orillas del "río-mar", Orellana, lo navegó todo, llegó al Atlántico, yendo hasta la isla Margarita, en las Antillas, desde donde se dirigió a España, a narrar sus hazañas y conseguir todo su deseo.

Al final, conseguido que fue el título de *Adelantado* y la licencia para explorar las tierras que había descubierto, Carlos V, cuyas buenas gracias captara, le concedió navios, tropas y armamentos, para la nueva expedición al Amazonas. Partió Francisco de Orellana del puerto de San Lucas el 11 de mayo de 1549, con poco más de 1.500 hombres. Fue, entretanto, infeliz es su nueva expedición, pues antes de llegar a la meta, esto es, a la boca del río Amazonas, falleció: sus hombres, diezmados, tuvieron que regresar a España⁽¹¹⁾.

Esta fue la primera expedición que atravesó el Amazonas, y que tuvo como principal resultado el de hacer conocidos, por las descripciones hechas, el caudal majestuoso de ese

¹⁰ Fr. Gaspar de Carvajal describió esa empresa en vivos colores, dando vuelo suelto a su imaginación. Es por tanto digno de crédito, mayormente confrontándose lo que escribió con las afirmativas de Orellana. Southey dice que el abandonado por Orellana era un hidalgo español, de Badajoz, de nombre Fernán Sánchez de Vargas.

¹¹ Los pormenores de esa accidentada empresa de Orellana se encuentran en Southey vol. 1 cap. IV.

río y su navegabilidad, y el hecho de que con algunas millas de viaje por tierra -desde donde nace- se puede atravesar el Continente desde el Atlántico al Pacífico, o viceversa.

Las fantásticas narraciones de Orellana no se olvidaron tan pronto, tanto así que, en 1560, otro virrey del Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, organizaba nueva expedición al Amazonas y al país del oro.

«Para tal cosa — escribe Rocha Pombo (obra citada) — preparó nueva expedición exploradora comandada por el capitán Pedro de Orsúa (Ursúa) con cerca de 500 hombres».

Partió Orsúa de Cuzco llevando como auxiliares principales a Lope de Aguirre y a don Fernando de Guzmán. Entretanto, no quisieron ellos seguir el camino trazado por Pizarro veinte años antes, y por esto bajaron el río Huallaga, de donde pasaron al Cocama y de este al Amazonas.

A sus huestes se juntó regular número de hombres de mala conducta, criminales y malhechores, de modo que, estando todavía en el río Huallaga, se vio Orsúa obligado a mandar matar a Francisco Díaz de Arlés y a Diego de Frías, reos homicidas del capitán Pedro Ramírez.

A pesar de ese ejemplo la anarquía campeaba en la expedición, resultando, por fin, la muerte de Orsúa, asesinado fría y cobardemente, bajo la inspiración y los planes de Lope de Aguirre. Eran muchos los conspiradores, y entre ellos figuraba el alférez Fernando de Guzmán. Los asesinos fueron Alonso Montoya y Cristóbal Chaves; y más tarde, al partir la expedición de la aldea de los indios Machifaros, y en el campamento, a la desembocadura del río Putumayo, el lugarteniente de Orsúa, Juan de Vargas, al oponer resistencia a los revoltosos, fue también cruelmente asesinado.

Libres de su jefe, Guzmán y Aguirre decidieron entre sí los puestos, quedando aquél como comandante de la expedición y éste con el puesto de jefe de campo (maestro de campo). Pero en poco tiempo Aguirre puso a muestra todo su terrible carácter de bandido sagaz, asesino y déspota, dominando al propio Guzmán que, en realidad, no era más que un muñeco en las manos de su maestro de campo. Guzmán apenas contaba 22 años de edad.

Después de registrar en el diario de aquel siniestro viaje, asesinatos tan crueles, — escribe el Dr. Arturo Viana (¹²) — encomendados por su libre arbitrio, concibió la idea de completar la tragedia de la exploración, idea que prueba su gran arrojo en sus ambiciones.

Desvariado por el gran temor que todos le tenían, ambicioso hasta la locura, hirvió en el cráneo del perverso la idea de someter a su autoridad a un rey, al Perú y a las demás posesiones españolas de América, emancipándolas del poder de la metrópoli.

Y empezó, entonces, la burlesca escena que nos hace recordar a los *emperadores* de Haití, aunque menos truanescos que el polichinela de Lope de Aguirre, Don Fernando de Guzmán.

¹² El Pará en 1900 – en el tomo del IV Centenario del descubrimiento del Brasil.

Aguirre concibió el plan de fundar un reinado en el Perú, al que quedarían sujetas todas las tierras hasta aquel entonces recorridas por él y sus hombres. Con bellas frases convenció a todos de que la efectividad de ese acto no sería más que un golpe de audacia, como principio, pues cuando en España llegasen a saber sobre la independencia de estas tierras, sería ya demasiado tarde: tendrían un poderoso ejército y una poderosa escuadra, producto de saqueos a las posiciones españolas, y barcos que por el camino habrían de encontrar. En el silencio de la noche, asaltarían la isla Margarita donde se abastecerían de víveres, armas y municiones, destruirían, después de saquearla, la ciudad Nombre de Dios, asaltarían a Panamá, donde se fortificarían, contando entonces con un poderoso ejército compuesto de indios esclavos y negros escapados de su cautiverio. Todos estos proyectos eran tejidos aun en pleno río Amazonas, donde, después de ajustado todo y firmemente resuelto, fue Fernando de Guzmán, el ya doblemente asesino y traidor, proclamado Rey y Príncipe de la tierra Firme y del Perú: todos le besaron respetuosamente las manos, para empezar el burlesco reinado de tan desenfrenado hidalgo».

Don Fernando, el nuevo rey era, entretanto, como un fante en las manos de Aguirre, quien dictó, a seguir del besamano, el plan general para la conquista del nuevo reino, pintándolo todo con un optimismo y una facilidad tales, como si estuviese jugando con un mundo de cartón, repleto de fortalezas y soldaditos de plomo. Y todos los de la expedición, deslumbrados, creían fielmente en tan fantásticas disposiciones del despótico bandido Lope de Aguirre, que todo lo hacía y deshacía a su «real talante» sin consultar al *soberano* aclamado.

Cruzaron el resto del Amazonas, mas antes de llegar al Océano, Guzmán, al verse rebajado, y mermado el poder que le confirieran, reunió en consejo a sus amigos para combinar un medio de librarse del cruel asesino. Denunciada que fue la conspiración, Aguirre ordenó a sus sicarios que, de noche, sobre el primer campamento, cayesen sobre la tienda de Guzmán, y le mataran con sus oficiales. Y así, en noviembre de 1561, en noche de primavera bañada por la luna, los agentes del sanguinario déspota cayeron sobre la tienda de Guzmán que con todos sus oficiales, tuvo el mismo fin del desgraciado Orsúa y del infortunado Vargas.

En una tragedia, pues, terminó el burlesco reinado del miserable Guzmán, «más ambicioso que cruel, víctima de la ley histórica de las sublevaciones sanguinarias», como escribió Arturo Viana (obr. cit.)

Finalmente, en diciembre de ese mismo año, llegó Lope de Aguirre con los restos de la expedición de Orsúa al archipiélago de la desembocadura del Amazonas, dirigiéndose de ahí, hacia el norte. En la isla Margarita, donde arribó, el Gobernador D. Juan de Pillandrado, ignorando las monstruosidades de Aguirre, lo recibió con grandes pruebas de estimación, considerando a aquellos hombres, como a grandes héroes que acababan de prestar sobresaliente servicio a los soberanos de España.

Aguirre, sin embargo, no se olvidó de su infame plan de conquistar el Perú para sí. Inició la rebelión en la propia isla Margarita.

Aprovechándose de los homenajes y demostraciones de aprecio que le tributaba el Gobernador, éste fue hecho prisionero, a traición, así como los demás miembros del gobierno y autoridades, los cuales fueron agarrotados en seguida. Saqueó toda la isla y luego se enecaminó a Venezuela donde pretendía hacer lo mismo.

Mas, Fr. Francisco Montesinos que consiguió huir de la isla después del atentado, previno en Venezuela a D. Pablo Callado, su Gobernador. Este ordenó preparar la defensa de todos los puertos, permitiendo entretanto que Aguirre desembarcase primero.

Conseguida la adhesión de gran número de habitantes de la isla Margarita, embarcó todos los víveres que allí había, así como cañones, armas y municiones, y se hizo a la vela hacia el puerto de Burburata, donde una vez desembarcado, incendió la escuadra. Quería, ahora, practicar por tierra el resto de la conquista.

Pero le fallaron sus planes. Una vez avisado el Gobernador, dispuso todo de manera de ofrecer seria resistencia a tan descarado criminal. Ante barreras tan fuertes, los hombres de Aguirre empezaron a desanimar, y a flaquear. Finalmente, y a consecuencia de una proclama del Gobernador por la cual perdonaba a todos aquellos que abandonasen a Lope de Aguirre, éste quedó completamente solo.

Dice Arturo Viana (obra cit.): «La muerte llegaba demasiado tarde para evitar tantos crímenes cometidos; mas a tiempo, por librarse la humanidad de tan sanguinario monstruo. La víctima final fue su propia hija, a quien mató a puñaladas, poco antes de ser aprisionado por las fuerzas reales. Los soldados del rey, no obstante la cobardía con que el tirano les suplicó por su vida, allí mismo lo mataron, a mucha prisa, con certeros arcabuzazos, y en seguida lo degollaron y descuartizaron. La cabeza fue enviada a la ciudad de Zacuyo; la mano izquierda a Valencia; la derecha a Mérida; las piernas y los brazos a los caminos y carreteras de Venezuela».

Y con esta tan infructuosa, como triste y malograda expedición, los españoles del Perú, nada más intentaron en el Amazonas. Apenas algunos misioneros atravesaron los Andes con el noble propósito de ponerse en contacto con los indígenas a fin de enseñarles el camino al seno de la Iglesia de Dios.

Por las noticias recogidas sobre el majestuoso río de Orellana y lugares adyacentes, la corona portuguesa, se apresuró luego a hacerlos explorar.

Eran entonces Jacome Raimundo de Noronha proveedor mayor del Estado, en el gobierno del Marañón, elegido con la muerte de Francisco Coelho de Carvalho.

Con el insuceso de la expedición de Orsúa, no arribaron al Perú, más expediciones, por mucho tiempo. Pero, con las noticias de los misioneros que atravesaban los Andes, otra vez les vino en gana organizar nueva expedición la que fue confiada al mando del capitán Juan de Palacios.

Fue muy infeliz, también esta nueva expedición, de la cual perecieron casi todos sus componentes. Se salvaron dos misioneros franciscanos, Fr. Domingo de Brieva y Fr. Andrés de Toledo, y un pequeño grupo de soldados que, después de muchísimos trabajos y

sufrimientos, llegaron a San Luis, «donde al Gobernador Noronha, — dice Rocha Pombo — (ob. cit.), hicieron revelaciones tales que lo indujeron a que apremiase aquel expediente de tanto interés para la Corona portuguesa.

En seguida, dando cumplimiento a las órdenes, Jacome Raimundo de Noronha, nombró al valiente y fiel Pedro Teixeira, jefe de la expedición.

Por su propia cuenta se preparó Teixeira, y organizada la expedición, ésta partió del Pará el día 28 de octubre de 1637.

Estaba compuesta la tropa exploradora por 70 soldados y 1200 indios, a los que se juntaron numerosas familias, haciendo un total de cerca de 2.000 personas que se embarcaron en 70 grandes canoas, por orden de Teixeira.

Al fin, después de tantas dificultades halladas durante la subida del caudaloso Amazonas, llegaron a la provincia de Quijos, y en poco más de tiempo a la ciudad de Quito, donde fueron recibidos, dice Betendorf, «con grandes agasajos y alabanzas tanto por parte de los eclesiásticos como de los seculares: no hubo religión que no desease que alguno de los suyos acompañasen a Pedro Teixeira a su vuelta al Brasil» (13).

Después de haber sido bien tratados en el Perú, y sabiendo el Virrey los fines de la expedición, éste ordenó que fuese aprovisionado Pedro Teixeira y su gente con lo necesario para la vuelta, ordenando más: que dos clérigos de la Compañía de Jesús, Andrés de Artieda y Cristóbal de Acuña (14) acompañasen a los expedicionarios a la vuelta, y una vez llegados al Brasil, siguiesen a España a dar noticias de todo, en la Corte de Madrid.

Hechas las formalidades protocolarias, salió Teixeira de Quito, navegó el Coca hasta el Ñapo y prosiguiendo llegó hasta la boca del Aguarico o Almarico, donde había dejado bajo las órdenes de Francisco da Costa Favela un destacamento suyo (15).

Una vez allí, y de acuerdo con las instrucciones del Gobernador Noronha, celebró Teixeira el ceremonial posesorio de aquellas tierras, con el testimonio de los dos jesuitas españoles. Del acto de posesión para la corona de Portugal fue levantado el siguiente auto, firmado y rubricado por todos los oficiales de la expedición:

«Auto de posesión que se tomó entre Portugal y Castilla, por Pedro Teixeira, capitán mayor, por su majestad, de las entradas y descubrimiento de Quito y Río de las Amazonas, etc.

¹³ P. Joao Felipe Betendorf, S. J., *Crónica da Missao dos Padres da Compañia de Jesús no Estado do Maranhao*. Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Brasil, vol. LXXII.

¹⁴ Cristóbal de Acuña, Jesuita, nacido en Burgos, en 1597, y muerto en Madrid en 1647, pocos años después de su llegada a la Corte, donde escribió, en 1641, la crónica de ese viaje, que tituló «*Nuevo descubrimiento del Gran Río de las Amazonas, el cual fue y se hizo por orden de su Magestad, el año 1639, Por la provincia de Quito en los reynos del Perú*».

¹⁵ El río Coca, es afluente de la margen izquierda del Napo, así como el río Aguarica. Pertenecía todo al Virreinato del Perú. Hoy está todo comprendido en el territorio del Ecuador.

«Año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1639, a los 16 días del mes de agosto, enfrente a la desembocadura del Río de Oro ⁽¹⁶⁾, estando presente Pedro Teixeira, Capitán-Mayor por S. M., de las entradas y descubrimientos de Quito y río de las Amazonas, y de vuelta de dichos descubrimientos mandó comparecer ante si, capitanes, alféreces y soldados de sus compañías; y presentes todos, les comunicó y declaró que traía orden del Gobernador del Estado del Marañón, conforme al reglamento que tenía dicho Gobernador de S. M. y para en dicho Distrito, digo dicho descubrimiento, escoger mi sitio que mejor le parezca para sobre él hacer población; y por cuanto aquel de que presente estaba y le parecía conveniente, así por la razón del oro de que había noticia, como por haber buenos aires y campiñas para todas las plantas, pastos de ganados y criaciones; y les pedía sus pareceres, por cuanto había ya visto todo lo demás durante el descubrimiento y de el río; y luego por todos y cada uno de por si fué dicho que en todo el curso de dicho descubrimiento no había sitio mejor ni más acomodado y suficiente para dicha población que aquel en que estaban por las razones dichas y declaradas: lo que visto por el Capitán-Mayor, en nombre del Rey Felipe IV, Nuestro Señor, por la Corona de Portugal; y que si había quien contradijese dicha posesión, o que tuviese embargos sobre ella, que allí daba el escribano de dicha jornada y descubrimiento, que les recibiría; por cuanto venían ahí religiosos de la Compañía de Jesús por orden de la Real Audiencia de Quito; y porque es tierra remota y poblada de muchos indios, no hubo, ni por ellos ni por nadie quien contradijese dicha posesión; por lo que, yo, escribano, tomé de la tierra, en mis manos, la que puse en manos del Capitán Mayor, en nombre del Rey Felipe IV, Nuestro Señor, hubo prometido e investido en dicha posesión para la Corona de Portugal de dicho sitio y más tierras, ríos, navegaciones y comercios, a cuyo sitio dicho Capitán-Mayor puso el nombre de Franciscana ⁽¹⁷⁾. Y por todo yo, escribano, hice este auto de posesión, en que firmó dicho Capitán-Mayor; testigos que fueron presentes, el coronel Benito Rodríguez de Oliveira, el sargento-mayor Felipe de Mattos Catrim, el capitán Pedro de Costa Favella, el capitán Pedro Bayão de Abreu, el alférez Antonio Gomes de Oliveira, el ayudante Mauricio d'Aliarte, el sargento Diego Rodrigues, el almorjante de S. M. Manuel de Mattos de Oliveira, el sargento Domingo Gonçalves, y el capitán Domingo Pires da Costa, los cuales supra citados todos aquí firmaron con dicho Capitán-Mayor cho Capitán-Mayor Pedro Teixeira. Y yo João Gomes de Andrade, escribano de dicha jornada, lo escribí».

De ahí partió la expedición para S. Luis de Marañón, vía Pará.

Al año siguiente, sin embargo, por la separación de las dos coronas de Portugal y España, fueron reiniciadas las luchas, habiendo sido expulsados del territorio brasileño por sus colonos, los Jesuitas españoles. Por esto, las conquistas portuguesas fueron allende *La Franciscana* de Pedro Teixeira, pero volvieron más tarde estableciéndose la divisa de las posesiones lusitanas en las márgenes del río Jary donde fue fundada la actual ciudad de Tabatinga.

¹⁶

¹⁷ Esta *Franciscana* de Pedro, Texeira, situada en la confluencia de los ríos Aguarica y Napo, es la actual ciudad de S. Pedro, en el Ecuador. Debemos anotar, que en aquel entonces Portugal estaba bajo la Corona de España, de la que se libertó al año siguiente, de 1640.

Estos fueron los resultados de las exploraciones españolas del río Amazonas. Hemos dicho mal exploraciones españolas, pues aquellos viajes de Ordáz, Orellana, Orsúa y Aguirre, en particular las de Orellana y Aguirre, no se pueden tener en cuenta como viajes de exploración y conquista, sino únicamente de rapiña; sin fruto alguno para las coronas de España y Portugal, en el reinado de los Felipes II, III y IV de España, y I, II y III de Portugal; en cuanto a la de Pedro Teixeira de grandes ventajas, porque después de ella fue abierto el curso de navegación del Amazonas, y fue recorrido especialmente por los misioneros, en su mayor parte Jesuítas, que fundaron las residencias de Madeira, del Tupinambarana, del Río Negro y muchas otras.

Es, pues, de justicia reconocer la abnegación de los misioneros en aquellas tierras del «infierno verde». Y fue reconociéndolo que Rocha Pombo (ob. cit.) escribió: «haber sido las avanzadas de la Cruz las que abrieron el camino a los pobladores de todos aquellos lugares vírgenes», y que «en cuanto de este lado, es el heroísmo malversador del *«bandeirante»* que ensancha los dominios de la Corona portuguesa, allá, por el Amazonas es la abnegación, el esfuerzo infatigable, y la energía y habilidad del Jesuíta que extienden hasta los Andes los límites del territorio».



Revisado por: TAP